

Biblioteca-Film

NÚM.
335

ESCALDORA DE LA PAZ

25
CTS.



May McAvoy

W. Collier
L. Barrymore



BACON, Lloyd

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barbará, 16

BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 336

The Lion and the Mouse, 1928 (M.G.)
La escultora de la paz (M.M.)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por la bellísima artista de la pantalla

MAY MC AVOY

.....
Exclusivas "DIANA"

Rosellón, 210 Barcelona

REPARTO

Shirley Rosmore MAY MC AVOY
John Ryde LIONEL BARRYMORE
Jefferson Ryde WILLIAM COLLIER

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

En todos los centros financieros había causado profunda impresión la noticia que publicaban los diarios y que en síntesis decía:

El juez Rosmore falla contra la Siderúrgica Ajax.

El juez Rosmore declara que la agrupación formada por la Siderúrgica Ajax es anticonstitucional. El fallo del juez Rosmore, tan ansiosamente esperado, ha caído como una bomba en los círculos bursátiles...

Esta misma noticia estaba leyendo en su suntuoso despacho John Ryder, el Presidente de la Siderúrgica Ajax, uno de esos hombres para quien la vida no tenía otro objeto que el de acumular millones y millones, a despecho de todos y de todos. Su cuantiosa fortuna habíale dado tal influencia, que sus deseos eran atendidos por todos como verdaderos mandatos, y aquel fallo dictado contra él había excitado su soberbia hasta el mayor grado.

Dejó de leer la noticia y, encarándose con su secretario, le dijo:

—Fíjese cómo corresponde a mi favor este hombre. Fuí yo quien impuse a Rosmore en el Supremo y me paga de esta manera. Su fallo contra mi Compañía, aunque justo, me cuesta la bicoca de treinta millones.

—Verdaderamente, es extraño su proceder —respondió el secretario—. Todos hablaban de la rectitud de su conducta, pero no cré que se atreviera a tanto.

—Le ordené que dictara una sentencia favorable —siguió diciendo Ryder—, y me ha desobedecido; pero yo le haré pagar caro su desobediencia... Telefónele para que venga a mi despacho.

—No es necesario —respondió el secretario— hace ya bastante rato que espera ser recibido por usted.

—Pues, hágale pasar inmediatamente.

Mientras salió el empleado para avisar a Rosmore que podía entrar, Ryder pensó la forma de poderse vengar de aquel hombre, y pronto su fértil imaginación le sugirió uno de sus diabólicos pensamientos.

James M. Rosmore, el honorable magistrado del Tribunal Supremo, sentía ante todo afecto un verdadero amor a la justicia y este sentimiento, más fuerte que la amistad, le obligó a dictar la sentencia que acabamos de relatar. Cuando entró adonde estaba Ryder,

creyó que éste le recibiría indignado, y al ver la afectuosidad con que lo acogía, no pudo menos que expresar su extrañeza, diciéndole:

—Temía que te hubieras disgustado conmigo por haber fallado en contra de tu compañía.

—¿Disgustado?... ¿Por qué habría de estarlo, amigo mío, si lo que has hecho está inspirado en la más estricta justicia?—respondió Ryder—. Y, para demostrarle que la amistad no es una palabra vana para mí, voy a darte un consejo que te hará millonario. Varias veces me has dicho que querías dejarle a tu hija un capital para que pudiera hacer frente a la vida, en caso de que tú faltases, ^averdad?

—Ese es mi deseo—confirmó Rosmore—. Todo mi afán y mi cariño, ya sabes que es ella.

—Pues, se te presenta la ocasión de crearla un porvenir diáfano. Compra acciones del Petróleo del Pacífico... ¡Es un papel que va a subir como la espuma! Afortunadamente, me quedan un buen número de acciones que con gusto te reservaría... Mándame una carta con tu cheque y pondré las acciones a tu nombre en el Banco.

Rosmore dudó un poco ante la proposición de su amigo, y que él creía sincera, hasta que finalmente respondió:

—No acostumbro a comprar acciones; pero basta que tú me lo digas, para que acepte. Creo inútil decirte cuánto agradezco tu consejo.

—¡Bah! —exclamó indiferentemente Ryder—. No hay que hablar de agradecimientos; para algo somos amigos...

El pobre Rosmore, creído en la buena fe del consejo que acababa de recibir, salió del despacho de su amigo dispuesto a enviarle la carta, mientras que Ryder, sonriendo mestifosféricamente, se decía:

—¡Ahora sabrá Rosmore lo que es ponerse frente a John Ryder!

Y, pensando en la venganza, en lo fácilmente que había caído en el lazo el juez Rosmore, Ryder se frotó satisfactoriamente las manos, sin poder contener una carcajada, síntoma en él de completa satisfacción.

SEGUNDA PARTE

Trasladémonos ahora a unas cuantas millas de donde sucedían las escenas que acabamos de relatar y, en un continente distinto y en una población llena de luz y alegría, en París, encontramos, a la puerta de una tienda de flores, a un muchacho extraordina-

riamente simpático, hijo del poderoso financiero neoyorquino, el cual era el reverso de la medalla de su padre. Para él, los millones no tenían ninguna importancia... si no era para gastarlos. Hacía en París verdadera vida de magnate y siempre iba acompañado de su criado Smith, quien no tenía otro trabajo que el de llevar al corriente las direcciones de todas las amiguitas de su señor... y no era poco...

Mientras el simpático Jeferson compraba las flores, pasó por su lado una muchacha, de esas que se dedican a la busca y captura de incautos, y le dirigió una mirada tan expresiva, que el muchacho se la quedó mirando sin poder apartar la vista de la elegante figura, que tan descaradamente lo llamaba con los ojos. Ante su indecisión, la desconocida joven soltó el perrito que llevaba y exclamó, fingiendo una profunda pena:

—¡Se me ha escapado mi Lili!... ¡Corrá usted, por favor, caballero!

Jefferson, cediendo a un acto de galantería, corrió tras el animalito, que se había refugiado en una casa inmediata, y siguiendo su pista se encontró de pronto en la salita de un escultor. Pero, en vez de ser un hombre, era una linda muchacha la que se entretenía en aquel instante en acariciar al animal, teniéndolo entre sus brazos. La dulce belleza de la joven dejó en suspenso a Jerfer-

son, cuyos ojos no podían apartarse de la deliciosa visión que ante él había aparecido.

Al volverse ella hacia donde estaba él, quiso explicar su presencia, y le dijo:

—Usted perdone, señorita... Ese chuchío que tiene usted en los brazos... es decir, mi perrito, se me soltó de la mano y...

Volvió a contemplar a la joven, cuya belleza hacía en él cada vez mayor impresión, y por fin continuó diciéndole, con el deseo de alargar en todo lo posible la entrevista:

—¡Con lo feroz que es ese animalito, no sé cómo ha podido contenerlo!...

—Pues, parece muy dócil—respondió ella, sonriendo como sin duda deben hacerlo los ángeles—. ¡Apenas si se ha movido mientras lo acariciaba.

—¿Le gusta a usted? — preguntó Jefferson, sintiendo su proverbial prodigalidad.

—Mucho— respondió francamente ella—. Es muy mono.

—Pues, desde ahora es suyo —exclamó Jefferson.

—Es usted muy galante— exclamó ella, sintiéndose también atraída por la simpatía del joven.

Este, que se había detenido mirando la escultura que moldeaba la joven, exclamó sorprendido:

—¡Caramba! ¡Qué parecido más asombroso con John Ryder! Es el mismo, ¿verdad?

—Efectivamente—contestó la muchacha—. Es John Ryder... Siempre he sentido admiración por los hombres que hacen grandes cosas...

—Sin embargo — respondió Jefferson—, ¿no cree usted que un hombre que gana tanto dinero debería tener alguien que lo gastara por él?

Antes que la joven escultora pudiera responder a la apreciación de Jefferson, se presentó, cansada de esperar, la dueña del perrito, y la que hablaba con el muchacho le interrogó con los ojos, como preguntándole quién era aquella mujer que de forma tan imprevista entraba en su casa. Jefferson, al verse comprometido, tuvo un pensamiento propicio para hallar disculpa, y le dijo:

—Es una señora que se ha empeñado en comprarme el perrito... y, ya lo ve usted, me ha seguido hasta aquí...

Se acercó adonde estaba la dueña del animal y, ofreciéndole unos cuantos billetes, le dijo:

—Si se va usted y me deja el perro, le doy todo esto.

La otra, que no tenía el menor interés en conservar el animal, al ver la prodigalidad con que se lo pagaban, no opuso la menor resistencia y salió de la estancia, dejando allí al animal que tanto parecía interesarle momentos antes. Sin embargo, aquella expli-

ción no satisfizo mucho a la escultora, que, creyendo que se trataba de alguna treta del joven, le devolvió el perro, diciéndole:

—¡Tome usted! Me temo que el animalito no me quiera a mí como a su "compradora".

Señaló hacia la puerta como indicándole que saliera, y Jefferson, conmovido como nunca en su vida, abandonó pesaroso el estudio, sintiendo no poderse reconciliar con aquella mujer.

Cuando se encontró en la calle se encaminó a la floristería y dijo al dueño:

—Ponga juntos todos mis encargos y mándelos a esa encantadora señorita del estudio de escultura.

Smith no necesitó oír más para sacar su libreta y apuntar el nombre de la calle y el número de la casa, pensando que no tardaría su amo en pedirle aquella dirección.

TERCERA PARTE

Pasaron varios días y mientras que en Nueva York pasaban cosas extraordinarias, en París seguía Jefferson pensando continuamente en la bella escultora que no había podido ver más, a pesar de haber estado varias

veces de "guardia" frente a la puerta del estudio.

Una tarde, al entrar en el hotel Ritz acompañado de varias amigas y amigos, se encontró de pronto con la escultora.

Ella se le quedó mirando, sin poder fingir la alegría que experimentaba de volverlo a ver, mas inmediatamente volvió la vista hacia el "maitre" del hotel y continuó hablando con éste, que le decía, a la vez que le entregaba un pasaje:

—Es el mejor camarote que había en ese buque, señorita, y tengo la seguridad de que no habrá de quejarse usted del viaje...

Jefferson fué a hablarla, pero ella, sin darle tiempo a acercarse, se encerró en el ascensor y lo dejó en la puerta, mientras que sus amigos se reían del plantón que le había dado. Jefferson, sin hacerles caso, se dirigió al "maitre" y le dijo:

—¿Podría usted facilitarme un pasaje en el mismo vapor donde va esa señorita?

—Será algo difícil—respondió el "maitre", —pero procuraré servir al señor.

Jefferson, que sabía la música a cuyo son bailaban mejor estos servidores, sacó del bolsillo unos cuantos billetes y se los entregó, diciéndole:

—A qué hora hay que estar en la estación para dirigirse al puerto de embarque?

—A las cuatro—respondió el "maitre" dando por seguro la consecución del pasaje.

Y, en efecto, dos días después, los dos jóvenes viajaban con rumbo a Nueva York, en el mismo barco. Durante este tiempo, Jefferson tampoco había logrado volver a ver a la escultora, y su impaciencia era mayor a medida que pasaba el tiempo. Creyó que el "maitre" le había engañado, dándole un pasaje distinto, y su indignación contra él era enorme.

El tercer día de la travesía, Jefferson sentía los efectos del mareo, y le dijo a su criado:

—Voy a ver si tomando un poco de aire se me pasa este mareo.

Salió dando traspies fuera del barco, y su criado, en uno de los vaivenes del vapor, chocó contra la puerta, de tal forma, que envió los zapatos de su señorito, colocados allí, delante de la puerta del camarote de enfrente.

Al poco rato, Jefferson, en vista de que no se le pasaba el malestar, volvió a su departamento, pero, guiándose por los zapatos, donde entró fué en el otro, precisamente el que ocupaba la bella escultora, que, al verlo, exclamó indignada:

—¿Cómo se atreve usted a entrar en mi camarote?... ¡Esa no es manera de comportarse un caballero!

—Le pido a usted mil perdones—respondió Jefferson—. Es que tomé mis botas por su

puerta... es decir, equivoqué su puerta por mis botas...

—No necesito más explicaciones—exclamó nuevamente ella—. ¡Salga inmediatamente de aquí y no vuelva a confundirse más!

Jefferson, sin encontrar palabras con que aplacar la indignación de su admirada, se encaminó a su camarote, y su criado, al verlo entrar, le preguntó solícito:

—¿Le ha sentado bien la brisa, señor?

—Brisa?—respondió Jefferson, acordándose de la forma que lo había despedido la joven—. ¡Yo creo que ha sido más bien viento fresco!

Por la noche hallábase Jefferson sentado en la cubierta del buque, cuando pasó por delante de él la escultora. En uno de los movimientos del buque perdió pie y cayó sentada sobre las rodillas de Jefferson, que le dijo irónicamente:

—¿Cómo se atreve usted a sentarse sobre mis rodillas? ¡Esa no es manera de comportarse una dama!

Ella se le quedó mirando, extrañada de aquella acusación, y Jefferson, sonriendo por la cara de espanto de la joven, le dijo:

—¡Está escrito que tenemos que ser buenos amigos! ¿No quiere usted sentarse a mi lado?

La muchacha perdió la serenidad y no pudo menos que echarse a reír y aceptar la

invitación de su galanteador, que comenzó diciéndole:

—Si no es mucho preguntar... ¿Cómo se llama usted?

—Shirley... por lo menos, así firmo mis trabajos, aunque mi verdadero nombre es Shirley Rosmore... Y si no es mucho preguntar... ¿Cómo se llama usted?

—Jefferson Ryder—respondió éste—. Pero desearía que sólo me llamara usted Jeff, a secas...

—¿Tiene usted algún parentesco con John Ryder?—preguntó intrigada la joven.

—Sí, somos parientes, pero parece que él no se da mucha cuenta de ello.

Y de esta forma, la hija de Rosmore y el del enemigo de éste, se encontraron de forma tan inesperada, ignorando los dos la enemistad que existía entre sus padres.

Pasaron cinco días, que fueron para los enamorados, cinco horas cortísimas. Fueron cinco días en los que los dos se repitieron millones de veces el amor que los unía, cinco días en los que constantemente no hablaban de otra cosa que de sus ilusiones, y aquel viaje, más que el regreso a la casa de sus padres, les parecía la ida a un país imaginario, donde la más inmensa felicidad les aguardaba. El penúltimo día de la travesía, Jefferson, teniendo entre sus manos las de su

amada, y mientras las acariciaba con infinita pasión, le dijo:

—¡Pensar que mañana llegamos ya, Shirley!

Ella suspiró tristemente ante la idea de tenerse que separar, y exclamó

—¡Es verdad, Jeff!... Han sido unos días tan felices, que todo mi deseo era que ese mañana no hubiera llegado nunca...

Y mientras los dos jóvenes, tejían con los hilos dorados de su amor, las más bellas ilusiones, en la ciudad de los rascacielos, la venganza de un hombre poderoso había hecho presa en el pobre Rosmore, y los mismos periódicos que antes habían elogiado su rasgo de justicia, se cebaban contra él, acusándolo ignominiosamente y diciendo:

Un escandaloso caso de prevaricación

Se ha formado el Tribunal especial para juzgar al juez Rosmore, acusado de venalidad.

Se asegura que el famoso magistrado será procesado por haber aceptado acciones del Pacific Oil, como soborno.

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

Pida hoy mismo el CATALOGO GENERAL que se remite a:
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

CUARTA PARTE

La noticia anterior tenía como fundamentos estaba basada en la más desconsoladora realidad. Ryder, tan pronto como tuvo el cheque y la carta de su amigo, en la que le encargaba que le comprase acciones a su nombre, hizo la operación, pero no como vendedor, sino como donante de aquella cantidad, y tan pronto como recibió la aceptación por parte del juez, que no podía sospechar de los manejos de su amigo, lo denunció, acusándole de haberse dejado sobornar. Como es consiguiente, esta acusación, mucho más aún mediando la influencia de Ryder, trajo consigo la inhabilitación de Rosmore, que no pudo demostrar su inocencia, toda vez que Ryder se negó a entregarle la carta que podía probarla.

Después de la inhabilitación, vino la ruina inminente de Rosmore, hasta el punto de que todos sus bienes fueron confiscados y puestos a subasta. Su desgracia llegó hasta el punto de verse despojado de cuantos objetos preciosos contenía su casa, y allí mismo vió cómo los compradores se llevaban, por cantidades irrisorias, cuanto valía la pena de conservar.

En medio de su desgracia, solamente un amigo se compadeció de él, y fué éste el doctor Hays, quien ni un solo momento dudó de la honorabilidad de su amigo y procuraba consolarlo en su desgracia.

—Una cosa me consuela, amigo Hays—le decía Rosmore—. El que Shirley, mi pobre hija, no esté aquí y no tenga que sufrir esta deshonra.

—No seas impresionable—le decía el doctor—. Todo esto que te sucede ahora, pasará y nuevamente brillará tu nombre con el resplandor de siempre...

Pero el recuerdo de la hija querida, la posibilidad de que ella pudiera sufrir las consecuencias de aquel proceso y verse privada del bienestar a que estaba acostumbrada, no le daban punto de tranquilidad.

¡Cuán lejos estaba el pobre hombre de pensar que en aquel mismo momento Shirley se separaba de su novio, del hijo de su enemigo, y se citaba con él para aquella misma noche!

Cuando entró en la sala, le bastó a la joven una simple ojeada para darse cuenta de que algo extraordinario estaba sucediendo. Su padre, al verla, corrió hacia ella y, abrazándola fuertemente, le dijo:

—Shirley, hija mía... estoy deshonrado para siempre... mi carrera... arruinado moral y materialmente... Toma, lee lo que dicen de

mi—. Y le entregó el periódico, cuya noticia acusaba al antiguo juez.

—¡Esto es una infamia!... ¡Debe ser algún enemigo tuyo el que lo haya propalado!...

—Sí, hija mía—volvió a decirle el juez—. Ha sido John Ryder. Me tendió un lazo y yo, creyéndolo un buen amigo, seguí su consejo para que invirtiera mi dinero en esas acciones. Al poco tiempo quebraba la Compañía, y Ryder me acusó de soborno... Lo único que puedo probar es que aquellas acciones no fueron un cohecho, sino que las compré con mi dinero, en una carta que escribí a Ryder mandándole el cheque, y que él ahora se niega a entregarme.

—¿Y por qué no vas a verlo?—preguntó ingenuamente su hija.

—Porque Ryder no recibe absolutamente a nadie, a menos que haya sido citado previamente por él.

—Pues, yo le veré y le hablaré personalmente—exclamó Shirley, decidida a salvar a su padre.

—No te dejarán entrar—respondió su padre.

—Eso ya lo veré. Por lo pronto, estoy segura de que habré cumplido con mi deber de hija.

Y sin esperar la venia de su padre, salió inmediatamente hacia la casa de Ryder, dispuesta a todo con tal de conseguir aquella

carta y probar la inocencia del autor de sus días.

En la antesala del poderoso John Ryder, la detuvo el ordenanza, mas ella siguió su camino, diciéndole:

—Tengo una cita con el señor Ryder, que me ha mandado llamar personalmente.

Ante la decisión de la joven, el ordenanza no se atrevió a detenerla y la dejó pasar al despacho particular del financiero, que en aquel instante se hallaba contemplando el mismo busto que Jefferson vió tiempo atrás en el estudio de la bella escultora, en París.

—¿Qué desea usted?—le preguntó Ryder, sorprendido por la presencia de la muchacha.

—Soy la autora de ese busto y he venido para saber si le agradaba o no—respondió Shirley sin titubear.

La fisonomía de Ryder se dulcificó inmediatamente, y, haciéndola sentar, le dijo

—La felicito a usted... ¡Su trabajo es excelente!... Tanto, que deseo que me haga otro, pero esta vez no quisiera que diese a mí cara esa expresión tan hosca y tan fría, sino más dulce y más apacible, pues, como usted verá, yo también sé sonreír.

Y sonreía a la joven, como queriendo confirmar sus palabras. Shirley, extrañada de la actitud de aquel hombre, a quien sólo conocía por retratos y cuyo carácter se lo habían



—¿Por qué no has querido que papá supiera nuestras relaciones?

pintado como el colmo de la acritud, le respondió:

—Con mucho gusto lo haría, señor Ryder, pero me temo que no le agrade tanto como éste, porque su carácter de hombre, siempre ocupado, se refleja admirablemente en el que tiene delante.

—Eso tiene fácil arreglo—respondió, insistiendo en su deseo el financiero—; podría usted instalarse aquí y aprovechar los momentos que yo tuviera libres... De ese modo podría ir conociéndome mejor.

—Acepto—contestó Shirley, viendo que las cosas se deslizaban por una pendiente mucho más suave de lo que ella había pensado.

Apenas hubo acabado de dar su conformidad, se abrió la puerta del despacho y entró Jefferson, que quedó sorprendido de ver en el despacho de su padre a su novia. Fué a saludarla, mas ésta le hizo una señal expresiva para que fingiese que no la conocía y Ryder, sin darse cuenta de la maniobra de los jóvenes, se la presentó a su hijo, diciéndole:

—Jeff, te presento a la señorita Shirley, que vivirá aquí mientras trabaja en un nuevo busto que va a hacerme...

Salió de la estancia dejando a los dos muchachos solos y, apenas desapareció, Jeff se acercó a su novia y le preguntó:

—¿Por qué no has querido que papá supiera nuestras relaciones?... Precisamente yo venía a hablarle de ello...

—No, Jeff—respondió la joven—. No quiero que tu padre sepa que soy Shirley Rosinore, la hija del juez a quien él mismo ha conducido a la ruina y al deshonor.

—¿Qué dices, Shirley?—preguntó extrañado Jeff.

Y la muchacha, con lágrimas en los ojos, le refirió toda la desventura de su pobre padre, la venganza de Ryder y su deseo de recuperar la carta que obraba en poder de éste y

que era el único medio de poder justificar su inocencia. Cuando acabó de referirle la historia, Jeff estrechó entre sus brazos a la joven, y le dijo:

—No te preocupes, amor mío... Eso es que papá no sabe todo el daño que ha causado... Yo le hablaré esta misma noche, y estoy seguro de que todo se arreglará...

Un corazón enamorado pronto entrevé en la bruma más densa los rayos de luces que han de alumbrar el camino de su vida, y así, Shirley, en las palabras de amor de su novio y en sus promesas, entrevió también la seguridad de que él sabría rehabilitar a su padre, entregándole aquel documento.

QUINTA PARTE

Aquella misma noche, Shirley quedó instalada en la suntuosa morada de Ryder, esperando de un momento a otro el poder llevar a su padre, que había caído enfermo a causa del disgusto, la carta salvadora. Entre tanto, Jefferson cumplía su palabra y le decía a su padre:

—Papá... quería decirte que un hombre a quien respeto y quiero está en una situación

apurada... Y tú eres el único que puede salvarme.

Ryder, creyendo que se trataba de dinero, le respondió sin inmutarse:

—¿Cuánto es?

—Esta vez no se trata de dinero, papá—siguió diciéndole el enamorado muchacho—. Tu palabra y tu influencia bastarían para rehabilitar...

—Está bien—continuó Ryder—. Le ayudaré... ¿De quién se trata?

—Del juez Rosmore—exclamó su hijo.

Al oír el nombre del que creía su enemigo, cambió por completo la actitud de Ryder, y le respondió:

—¡Rosmore!... Ese es el hombre a quien tengo interés en aplastar... y no en ayudarle... A mí me debía el puesto que ocupaba, ¿lo entiendes? ¡Y cuando tuve necesidad de él, se volvió contra mí! ¡No se lo perdonaré jamás!

—Pero ese hombre ha sido perseguido y condenado injustamente—volvió a decirle el joven—. Está arruinado, enfermo de cuerpo y espíritu... ¡Y es inocente!

—¡Ha terminado el asunto!—gritó Ryder.

—¡No vuelvas a mencionármelo otra vez!

Jefferson conocía de sobras el carácter inflexible de su padre, para comprender que sería inútil insistir en aquella ocasión para conseguir que ayudase a Rosmore, y por lo



—¡No me detendré ante nada para impedir ese casamiento!

mismo abandonó el despacho, donde estaba Ryder, y se dirigió hacia sus habitaciones.

Antes de llegar a ellas se encontró con Shirley, que le preguntó:

—¿Le hablaste a tu padre?

Jeff no se atrevió a decirle la entrevista que tuvo con su padre, y procuró eludir la respuesta; mas ella insistió nuevamente:

—Jeff, por favor, no dejes de hacerlo. La vida de mi padre está en juego. El pobre ha caído en cama gravemente enfermo.

El dolor que expresaba su amada volvió

a dar ánimos a Jeff, que, estrechándola cariñosamente, le dijo:

—Esta noche he encontrado a mi padre muy disgustado. Pero intentaré hablarle nuevamente...

—No dejarás de hacerlo, ¿verdad, Jeff?— le suplicó Shirley.

—Descuida. Ten confianza en mí y ya verás cómo le salvamos.

La conversación que acababa de sostener con su novia, hizo comprender a Jeff que era preciso actuar con energía si quería obtener la carta que su padre poseía y, decidido a emplear todos los medios para apoderarse de ella, entró de nuevo a ver a Ryder, a quien dijo:

—Papá... como un favor especial a mí, haz lo que puedas por el juez Rosmore.

Su padre se le quedó mirando severamente y le preguntó, extrañado de aquel interés que demostraba por un hombre que apenas conocía:

—¿A qué viene ahora ese interés por Rosmore?

—Es que voy a casarme con su hija—respondió francamente Jeff.

Shirley, desde la puerta que comunicaba con la terraza oía, sin ser vista, toda la conversación, y su corazón latía violentamente al ver que la entrevista de Jeff con su padre no daría ningún resultado beneficioso.



—¿Sería usted capaz de hacerme un favor

Ryder continuó diciéndole a su hijo:

—Tengo aquí una carta que rehabilitaría por completo el nombre de Rosmore—y señaló el cajón de la mesa donde la tenía guardada—; pero quiero que sufra, ¿lo sabes?... Y nada haré por él.

—¡Eso no es posible!—le interrumpió su hijo, indignado por la conducta del autor de sus días—. ¿Cómo puedes negarte a tender la mano a un hombre perseguido por la ley y por la sociedad, sabiendo que es inocente?

—No sólo me niego—le respondió su padre montando en cólera por las palabras de su hijo—, sino que si tú entras a formar parte de esa familia, te hundiré a ti junto con toda ella. ¡Pero antes no me detendré ante nada para impedir ese casamiento!

Jefferson fué a responderle, mas su padre le volvió la espalda y salió a la terraza donde estaba Shirley. Al verla, un pensamiento cruzó por su imaginación y se acercó a ella, diciéndole:

—Señorita Shirley... ¿sería usted capaz de hacerme un favor?

—Con mucho gusto—respondió la joven, afectando una calma que estaba muy lejos de sentir—. ¿De qué se trata?

—Mi hijo Jeff—siguió explicándole Ryder—quiere casarse con la hija del juez Rosmore, un hombre que ha hecho traición a la fe y a la confianza que tenía puesta en él. Usted es una muchacha lista y encantadora y no le ha de ser difícil enamorarle y apartarle de esa intrigante de Rosmore. Eso es todo lo que le pido que haga por mí... Como en la fábula, yo soy ahora el león y usted el ratoncillo que puede salvarme...

Shirley hizo un esfuerzo sobre sí misma para no descubrirse, y exclamó:

—Lo intentaré, señor...

Y al volver a quedar sola, Shirley sintió toda su impotencia para luchar contra aquel

hombre en cuyas manos tenía el arma más fuerte de la actualidad: el dinero. No obstante, esperó a que se fuera del despacho, decidida a apoderarse de la carta, robándola si fuera preciso. Cuando vió que se había apagado la luz de la habitación, entró cautelosamente y, abriendo el cajón donde había señalado Ryder, cogió la carta y se la guardó en el pecho. De pronto oyó ruido y vió que su novio entraba y se dirigía al mismo cajón. Se ocultó tras una cortina, y desde allí presenció cómo Jeff buscaba la carta que ya ella tenía en su poder. Un leve ruido, despertó a Ryder, que se había quedado dormido sobre un sillón, y encendió inmediatamente la luz. Al ver a su hijo buscando en el cajón, comprendió en seguida de lo que se trataba, y le dijo, después de haberse dado cuenta de que había desaparecido la carta:

—¡Nunca pude imaginarme que tuviera un hijo capaz de robarme y de hacerme traición!

—Te equivocas—respondió el muchacho—. Confieso que vine aquí para llevarme esa carta, pero creo que alguien ha estado aquí antes que yo y se la ha llevado.

—¡Mientes!— respondió enérgicamente el padre—. ¡Dame inmediatamente la carta!

—Te juro, papá, que no la he cogido — exclamó Jefferson.

—¡No lo niegues!—exclamó de nuevo Ry-



Lo condujo a casa de Rosmore

der—. ¿No te basta ser ladrón, que encima tienes que mentir? ¡Vete de mi presencia!

Jefferson salió del despacho de su padre con la certidumbre plena de que la carta estaba en poder de Shirley; pero antes que descubrirla, prefirió pasar por ladrón ante los ojos de su padre, y calló el nombre de la joven.

Mas ésta, al ver la forma en que había sido tratado su novio y la lealtad con que éste había procedido, no pudo contenerse y salió de su escondite, para decirle a Ryder:

—Debe usted una satisfacción a su hijo... porque no fué él quien se llevó esa carta, sino yo la que abrió ese cajón para apoderarme de ella.

—¿Y qué interés puede tener esa carta para usted?—preguntó extrañado Ryder.

—El de salvar a un inocente del deshonor y de la muerte.

—¿Y a usted qué le importa lo que pueda sucederle a Rosmore?

—Porque soy Shirley Rosmore... ¡Su hija!

Ryder se echó a reír irónicamente y exclamó

—¿De modo que mi hijo estaba enamorado de una intrigante y de una ladronzuela?

—Me importa poco su opinión—exclamó dignamente la muchacha—. ¡Basta con que los dos nos queramos!

Ryder, creyendo que no le sería difícil convencer por dinero a la joven, intentó dulcificar su voz, y le preguntó:

—¿Por cuánto dejaría usted en paz a mi hijo?

—¡Todo su dinero, y diez veces más que tuviera usted, no bastaría para comprarme!

—¡Calma, calma!—exclamó Ryder—. Todo en el mundo tiene su precio. ¿Cuál es el suyo?

—Su palabra de honor de salvar a mi padre—respondió la joven.



— Me parece Ryder que vas a perder el tren.

— Conforme — respondió Ryder —. Deme esa carta:

— Necesito que obre usted antes en mi presencia — volvió a decirle la joven.

Ryder cogió el teléfono y comunicó con su secretario, diciéndole:

— Retire la acusación contra el juez Rosmore y recurra a todos los medios para restituirle a su cargo.

— Aun puedo retirar esa orden... y lo haré, si no me promete decirle a Jeff que no quiere casarse con él.

Ante el terrible dilema, la pobre muchacha supo sacrificar su amor, por tal de salvar a su padre, y prometió lo que se le exigía.

Aquella renuncia, aquel sacrificio de la joven, conmovió a Ryder, que fué en busca de su hijo y lo condujo a casa de Rosmore, acompañados de la muchacha.

El juez, al ver a su enemigo, creyó que venía a mofarse de su ruina; pero éste le tendió la mano, diciéndole:

— Rosmore, tu hija ha podido, con su inocencia, más que nadie. Seamos amigos y dejemos que ellos se amen.

Los dos antiguos amigos se abrazaron en un fuerte abrazo, hasta que Ryder le dijo:

— Bueno, me voy, que tengo que coger el tren.

Pero al abrir la puerta se encontraron a los dos jóvenes abrazados, y Rosmore le dijo:

— Me parece, Ryder, que vas a perder el tren.

— Eso me parece a mí — exclamó a su vez Ryder —. Esperemos a que terminen.

Y mientras afuera dos corazones se enlazaban tiernamente, disfrutando la dicha del amor, detrás de la puerta los dos viejos seían complacidos de aquella dicha.

FIN

6.1926/8

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

ÉXITO **96** páginas de texto sugestivo
Profusamente ilustrado
de la deliciosa novela

RIO RITA

Por la gran artista **Bebé Daniels**

Precio 1 Peseta

NÚMEROS PUBLICADOS

El Desfile del Amor.	M. Chevalier
El Arca de Noé.	George O'Brien
La mujer disputada.	Norma Talmadge
Trafalgar	Corinne Griffith
La Máscara de Hierro	D. Fairbanks
Las Mentiras de Nina	
Petrona	Brigitte Helm
El loco cantor.	Al Jolson
El pecado de los padres . .	Emil Jannings
El Amor y el Diablo.	Maria Corda

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Acompañando al importe un sello de cinco céntimos se remite
por correo certificado

LECTURA PARA TODOS

- LA NIÑA BIEN SANTIAGO IBERO
EL POLLO PERA A. PÉREZ ZAMORA
LA CARABINA SANCHÉZ MORENO
EL PAVO MELÓN M. NIETO GALÁN
UNA MUJER "CAÑON" TOMÁS PRIETO
LA SEÑORITA CITROËN R. PUENTE NEVOT
EL CASTIGADOR JORGE RUEN
LAS NIÑAS DE ROSALES J. REYGADAS
PORQUE NO SE CASÓ D. PEPE PUENTE NEVOT
LA CARABA A. SÁNCHEZ CARRERE

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio: PORTADA A TODO COLOR
25 cts. 32 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona